

**37**

**JULIO FLOREZ**

---

**EDICIONES DE  
"UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA"**

---

## INTRODUCCION

Por Ernesto González

Chiquinquirá es su cuna y la fecha de su nacimiento el 22 de mayo, de 1867. A esa sazón la república no podía salir del vórtice de las guerras civiles. Vivía horas de heroísmo y de represalias políticas.

Talvez a esa etapa de calamidades guerrilleras se deba el que el bardo asumiera un acento rebelde y melancólico durante sus momentos de fiebre poética. Su vida fue de meditación sobre el más allá, a juzgar por la prematura tristeza que vela sus primeros versos. Estudia en Puente Real con denso interés; desde la primera década de su vida, refieren lenguas bien informadas, versificaba con gesto empinado y nerviosidad patética. Sus contertulios son la soledad, la naturaleza, la noche crucificada de estoperoles siderales.

Ama los motivos tristes; en el silencio se regodea y de antemano parece paladear las torturas que, más adelante, habrán de estremecer su psique reconcentrada y gemebunda. Se le admira y aclama como a un símbolo; las mujeres, que lo han escuchado en veladas y certámenes, suspiran por él y lo columbran en sueños... Tiene el bigote empinado, los ojos tristonos, audaz la melena.

En Bogotá ingresó al Colegio del Rosario; allí estudió Filosofía y Letras. Entre escribir y dibujar reparte el tiempo que le resta de sus afanes de estudiante. Cuando muere Víctor Hugo, su conmoción es tanta, que improvisa:

"Sobre la muda esfinge del desierto  
un águila caudal clavó su garra,  
Y le dijo a la esfinge: El viejo ha muerto".

Es tormentoso este hombre y es atractivo a la vez. El 4 de julio de 1884, en el sepelio del poeta mompocino Candelario Obeso, Julio Flórez hácese notorio, recitando unos versos elegíacos en honor del trágido vate que cantara La Canción del Boga Ausente. A partir de entonces, Flórez es pertenencia de la fama; su nombre va de círculo en círculo y se le titula "El Poeta" por honrosa antonomasia. Se convierte en el ídolo de tertulias y cenáculos. Transcurren años y ya ha escrito "Horas", homenaje a la naturaleza y al paisaje que conmueven su ánima y con quienes tiene ya una camaradería inseparable.

Desde 1885, al estallar la guerra civil, había interrumpido sus estudios, entregándose, naturalmente, al ejercicio para que naciera el cántico. Al iniciarse el siglo, colabora en revistas y periódicos de toda clase y hasta escribe buena prosa, cuentos, crónicas, bocetos... Entra la época de la Gruta Simbólica, familia de lirás y melenas. Por ella desfilan Clímaco Soto Borda, Enrique Alvarez Henao, Rivas Frade, Julio de Francisco, Francisco Restrepo Gómez y una veintena más de escritores y poetas que quieren pensar y soñar en sociedad.

Se inicia la época exuberante del poeta. Todo motivo lo decide: la madre, la bohemia, la luna, el mar, la muerte, el dolor, la garza, las orquídeas, el río, el amor, el invierno. Como se puede advertir, Flórez es ya uno de los poetas más geniales que haya tenido Colombia. Y, sobre todo, el más popular, el más aplaudido. Sus pensamientos son rotundos como su carácter: sus formas, plenas, vigorosas, clarísimas; el pueblo llega a ellas directamente, sin auxilio del Diccionario. Es, por fin, el poeta universal, categórico, romántico por excelencia.

Viaja, obtiene apoteósicas recepciones, disfruta del favor de la gloria, sus estrofas son reproducidas en los órganos de publicidad más prestigiosos. Es, como dijera Hugo, el déspota de las miradas. Su genio es incoercible y actúa como protagonista del verso en las dumas del idioma. Al retornar a la Patria, el pueblo sale a recibirlo y lo aclama febrilmente. Hace gira por ciertas provincias, con un éxito nunca registrado en semejantes circunstancias. Y retorna cansado de los honores y de los aplausos. Se refugia en Usiacurí donde funda un hogar. Una dolencia cruel le roe por dentro. Ya no es el alma la que lo hace padecer; es la carne la que muere su sensibilidad, es el cáncer que taladra y taladra, clavándole la tumba al glorioso cantor de La Araña, del Idilio Eterno, de Altas Ternuras, de Marta, de Fuego y Ceniza... En las ociduas horas de su agonía, Julio Flórez ya es padre y se regocija con los vagidos de los pábulos que lo califican de Poeta.

Días antes de recibir el supremo galardón que pueden conceder los humanos, la corona de laureles, Flórez puede repetir, como en otros años de juvenil inconformidad:

"Y la Gloria, esa ninfa de la suerte,  
sólo en las viejas sepulturas danza  
Todo nos llega tarde, hasta la muerte".

Ya podía exclamar, con relación a su enfermedad, que lo empujaba poco a poco hacia el fin postrero:

"Algo se muere en mí todos los días:  
la hora que se aleja me arrebató  
del tiempo en la insonora catarata,  
salud, amor, ensueños y alegrías".

Colombia ha gritado su alabanza en todos los tonos. Desde sus rincones más apartados, todos claman: Están coronando al Poeta! Y el Poeta, en medio del plesbiscito sentimental y de esas mismas flores que él cantara en años jugosos, suspira, suspira. La muerte está por ahí enmascarada de luz, y, como el demonio en las tentaciones a los penitentes del yermo, emana perfume y sonríe como mujer.

A poco, Julio Flórez recibe el ósculo del misterio. Al separarse de la vida queda hierático, hundido en su excelsa palidez, la única que dura siempre... Tras los victores, el gran sollozo: el país lloró, lloró, y los versos de Flórez se repitieron entre copas, porque el padre del verso romántico en Colombia y en el hemisferio, acababa de morir cerca al mar que había contribuido a magnificar en sus poemas inmortales.

## LAS MANOS DE MI MADRE

¡Manos que en el crespón de la tiniebla  
de la noche insonora  
pálidas flotan como airón de niebla!  
¡Oh, las manos difuntas  
de la triste señora,  
de la madre doliente  
que há tiempo no responde a mis preguntas!  
¡Oh manos que existieron solamente  
para elevarse a Dios y vivir juntas!

¡Manos hechas de amor, adoloridas,  
sangradas sin cesar por los abrojos  
de las ajenas vidas!...  
¡Que nunca hubieron de ocultar sonrojos,  
que en el mundo cerraron mis heridas  
y que se fueron sin cerrar mis ojos!

¡Oh manos aguzadas  
por el dolor y la piedad! ¡Divinas  
manos que ví a menudo entrelazadas  
cual si una de otra, acaso por lo finas,  
siempre hubiesen estado enamoradas!

¡Manos claras, radiosas,  
que siempre aleteantes y piadosas,  
esparciendo un frescor de esencias vagas,  
posábanse cual niveas mariposas  
en los rojos claveles de las llagas!

¡Manos alabastrinas,  
frágiles y pequeñas,  
cuyos dedos de raso,  
en la noche del mal llena de espinas,  
me llamaron por señas  
y enderezaron mi torcido paso!

Manos claras, serenas,  
azuladas apenas  
por la red de las venas,  
que parecían, al tocar las cosas,  
por encima, azucenas;  
y por debajo, rosas.

Manos sabias, prolijas,  
que mi sudor secaron en al cuesta  
que me tocó subir... ¡Manos de santa  
que nunca entorpecieron las sortijas,  
y en mi noche más lóbrega y funesta  
trizaron la blesfemia en mi garganta!

Desde la eternidad donde cual una  
tenue gasa de luna  
flotáis, manos queridas  
que nunca hubísteis de ocultar sonrojos  
y en el mundo cerráisteis mis heridas...  
¡Volved, oh manos, y cerrad mis ojos!

## ESTRELLAS

¡Estrellas que brilláis en las oscuras  
profundidades de los hondos cielos,  
diamantes de las hórridas negruras,  
antorchas de mis lúgubres desvelos!

¿Adónde vais así, de oro cubiertas,  
por esas soledades, pensativas,  
pálidas unas como novias muertas,  
fúlgidas otras como flores vivas?

En vuestra procesión interminable  
¿qué buscáis en los campos infinitos?  
Decidme: ¿mi dolor es incurable?  
¿No os llega nunca el eco de mis gritos?

Díme tú, Sirio, enorme solitario  
que alumbras mi profundo desconsuelo:  
¿cuánto hace que iluminas el santuario  
hondo y azul del Hacedor del cielo?

Y tú, trémulo Arturo, esplendoroso  
luminar que atraviesas el vacío:  
¿por qué, sin un instante de reposo,  
temblando estás, cual si tuvieses frío?

Divino Aldebarán: tú que flameas  
como un incendio en la inmutable hondura,  
¿por qué tan dulcemente parpadeas?  
¿por qué no me relatas tu amargura?

Tú, melancólica Alfa del Navío,  
y tú, Prosión, a quien por triste adoro,  
¿en las linfas azules de qué río  
humedecéis vuestros cabellos de oro?

Contadme al punto, relatadme todas  
vuestras extrañas penas y alegrías,  
vuestrs amores castos, vuestras bodas  
en esas dilatadas lejanías.

¿Cómo os llamáis en el profundo seno  
de la tremenda eternidad? ¿Alguna  
de vosotros, el hondo azul sereno  
recorre enamorada de la luna?

Habladme de vosotras, pudibundas  
viajeras de las noches solitarias,  
luminosas enfermas moribundas,  
anémicas antorchas funerarias!

Habladme de vosotras y a la altura  
llevadme a contemplar vuestra armonía.  
¡Quiero saber en la celeste hondura,  
cuál de vosotras es... la madre mía!

El mar se agita en la ribera y ruje.  
Las verdes olas en la arena estallan.  
¡Resbala el barco, se estremece y cruje;  
el viento gime y las estrellas callan!

## A MI MADRE

Todavía el dolor ara en su frente;  
se humedecen sus ojos todavía;  
sus ojos ¡ay! donde también el día  
radió como en las cumbres del oriente.

Huyen las tempestades de mi mente  
cuando los dedos de su mano fría  
se hunden, temblando, en la melena mía  
y amorosos la erizan blandamente.

Ella es el astro de mi noche eterna:  
su limpia luz en mi interior se expande  
como el lampo de sol en la caverna.

¡Yo la adoro! La adoro sin medida,  
con un amor como ninguno, grande;  
¡grande a pesar de que me dio la vida!

## LA PEDRADA

Era una tarde. Sobre el verde prado  
corría entusiasmado,  
cerca del bosque, candoroso niño,  
contemplando los valles y las lomas,  
y las lindas palomas  
de gris plumón e inmaculado armiño.

Poco a poco las nubes nacaradas,  
de reflejos bañadas,  
se tornaron en genios iracundos:  
no eran ya nubes: eran nubarrones  
que huían cual legiones  
de fantasmas terribles de otros mundos.

La luz se amortiguaba en el vacío.  
Acrecentado, el río  
resonaba a lo lejos con violencia;  
el niño lo escuchó quedo, muy quedo;  
sintió profundo miedo...  
un miedo que alarmaba su inocencia.

Sonora tempestad se preparaba,  
y el niño que miraba  
cerca el espacio, por las nubes lleno,  
lanzó arriba una piedra, y al instante  
una chispa brillante  
surgió de allí con formidable trueno.

El niño huyó. Bien pronto en el regazo,  
con frenético abrazo  
estrechaba a su madre con anhelo;  
ésta afanada preguntóle: —¡Hijo,  
qué tienes? Y él la dijo:  
—¡Escóndeme, por Dios, que he roto el cielo!

## ASTRO DEL ALMA

En la ojera profunda,  
fría y amoratada,  
que de mi muerta madre idolatrada  
el ya rígido párpado circunda,  
la postrimera lágrima estancada  
vive y la yerta cavidad inunda.

Y esa lágrima quieta  
allí, sola y brillante,  
como un vivo diamante  
entre un cáliz marchito de violeta,  
copia, como un espejo,  
los confusos contornos de la alcoba  
de la muerta, que duerme ante el reflejo  
de un cirio, sobre un lecho de caoba.

Estoy solo con ella;  
un deseo tenaz mi mente azota:  
pongo mis labios en la gota aquella  
y me bebo la gota.  
¡Hoy... esa gota en mi alma es una estrella!

## ¿VES ESA VIEJA...?

¿Ves esa vieja escualida y horrible?  
Pues óyete: aunque parécate imposible,  
fue la mujer más bella entre las bellas;  
el clavel envidió sus labios rojos,  
y ante la luz de sus divinos ojos  
vacilaron el sol y las estrellas.

Y hoy... ¿quién puede quererla? ¿Quién un beso  
podrá dejar en su semblante impreso?  
—¡Yo! me dijo un extraño que me vía;  
¡yo! que por ella en la existencia lucho,  
que soy feliz cuando su voz escucho...  
Esa vieja... ¡es la hermosa madre mía!

## ¡OH LUNA!

Melancólica reina pudibunda  
que vagas por los ámbitos del cielo  
como un místico témpano de hielo  
entre la negra oscuridad profunda.

En esta noche en que tu faz circunda  
un halo transparente como el velo  
de las vírgenes novias, un anhelo  
azul y enorme como el mar, me inunda.

¿Sabes lo que mi espíritu ambiciona  
en esta noche de noviembre, fría,  
en que el cierzo las tumbas desmorona?

Que bajas de la bóveda sombría  
y pongas esa sideral corona  
sobre el sepulcho de la madre mía,

## SONETO

¡Tóma mi cuerpo, madre, te lo entrego  
ensangrentado... como me lo diste;  
sólo que a ti va ahora mudo y ciego,  
menos lloroso, sí; pero más triste!

¡Gracias, madre, fue hermoso, tuvo suerte,  
el mejor vino y el amor más loco  
gozó en la lucha; pero poco a poco  
lo echó el asco en los brazos de la muerte!

Dáale un gran beso de perdón; no llores,  
no vayas a llorar... Agradecida  
pronto lo estrechará la madre tierra.

¡Tú y ella, mis dos madres, mis amores!  
Alégrate: la vida... la gran vida  
comienza en toda tumba que se cierra!

## EL ROSAL DIVINO

Cabizbajo el Señor, Gólgota arriba,  
la cruz al hombro, mudo y sin aliento,  
hacia el final de sus angustias iba,  
cayendo aquí y allá, todo sangriento.

Oculto Judas en aquel momento,  
miró con cautelosa expectativa  
desfilas la siniestra comitiva  
por el largo camino polvoriento.

Y al contemplar del Mártir las espinas,  
en fiera trabazón, y las preciosas  
úlceras como flores purpurinas,

Judas cayó de hinojos sollozando:  
creyó ver un rosal lleno de rosas  
que iba sobre las piedras caminando.

## LA LAGRIMA DE SATAN

Del infernal abismo, con estruendoso vuelo,  
rasgando la tiniebla surgió Satán: quería  
ver otra vez la comba donde se espacia el día,  
ver otra vez su patria, ver otra vez el cielo.

Miró durante un siglo. Cuando colmó su anhelo  
y recordó el proscrito que allá no volvería,  
con honda pesadumbre la formidable y fría  
cabeza hundió en el polvo del calcinado suelo.

Después... lanzó un sollozo que pareció un rugido,  
y lengua, azul y amarga, pugnó una gota en vano  
por no salir del ojo del gran querub caído.

¡Crujieron valle, y cumbre, y otero, y bosque, y llano,  
porque la gota aquella, buscando inmenso nido,  
formó, al rodar, la mole del pérfido oceano!

## **JOB**

Job, el leproso formidable, hediondo  
hasta asfixiar, su acuosa podredumbre  
siente un día rodar bajo la lumbre  
de un sol de estío, refulgente y blondo.

Y el ojo clava en el azul sin fondo  
de la impasible y colosal techumbre,  
y olvidando su antigua masedumbre  
lanza un rugido lastimero y hondo.

Es ya de noche: un charco nauseabundo  
de carnes desleídas y asquerosas  
se dilata a los pies del santo inmundo;

y entre aquel charco, atónitas y bellas  
como enjambre de abejas luminosas,  
mira Job, cabizbajo, las estrellas.

## **FULMINADO**

Salta el rayo en la nube. Alfanje de oro  
raja el ámbito negro y atraviesa  
el abismo; desciende a la dehesa  
y húndese en el testuz del viejo toro.

Tras un brusco esplendor del meteoro,  
del verde llano a la montaña espesa  
el trueno pasa retumbando... Y cesa  
de la borrasca el fecundante lloro.

El huracán, terrible y altanero,  
cierra sus fauces lúgubres; ya nada  
se mueve. En el zenit brilla un lucero.

¡Y desde la llanura dilatada  
sube, como un reproche lastimero,  
la gran lamentación de la vacada!

## **AL TEQUENDAMA**

Trágico emperador de la montaña  
que finges en tu horrisono descenso,  
a través de la trémula maraña,  
una sonora tempestad de incienso.



Tu aliento de titán al sol empaña,  
y el cóndor queda en el azul suspenso  
ante el prodigio de tu heroica hazaña,  
ante el horror de tu suicidio inmenso.

De iris y perlas coronado chocas,  
al saltar de tu mole de granito,  
contra tu vasto féretro de rocas;

y al estrellarte, tu imponente grito,  
cual clamor de un millón de humanas bocas,  
¡en salva eterna asciende a lo infinito!

## HIMNO A LA NOCHE

Ya descuelga la noche sus cortinas:  
en la sombra la tarde se desmaya,  
y a través de las pálidas neblinas,  
se ven las juguetonas golondrinas  
volar sobre la arena de la playa.

En la comba turquí del firmamento  
las estrellas derraman sus fulgores;  
y las nubes con tardo movimiento  
taciturnas se cuentan sus amores  
sobre las alas del callado viento.

En su lecho de perlas y corales  
sacude el mar sus encrespadas olas;  
y llegan, con las brisas estivales,  
envueltos en aromas tropicales,  
ecos de moribundas barcarolas.

Soledad y silencio a un tiempo mismo  
se enlazan bajo el manto de las brumas,  
y el hondo mar, el proceloso abismo,  
con rudo y estentóreo paroxismo  
avienta en el espacio sus espumas.

Y yo, tranquilo ante el fulgor del cielo,  
miro del mar los seculares rastros,  
y en las alas azules de mi anhelo  
se remonta mi espíritu a los astros  
con inaudito y poderoso vuelo.

Y me complazco en contemplar a solas  
los gigantescos mundos que gravitan  
en ese mar espléndido, sin olas,  
y cuyos rayos al bajar palpitan  
y dan besos de amor a las corolas.

..... \* \* \* \* \*  
Vén, mi adorada, el astro reverbera;  
la blanca nube en el espacio gira;  
no vaciles: la noche nos espera;  
sacúde la flotante cabellera  
y hacia el abismo de los cielos mira.

Vén, contempla las límpidas estrellas,  
su tibia luz y sus eternas galas  
siempre imponentes, como siempre bellas.  
¡Mira las nebulosas: son las huellas  
que imprimen los querubes con sus alas!

La blanca luna en el oriente asoma,  
y el mar va hinchando su convulso seño;  
ya su voz es arrullo de paloma  
y no fragor de formidable trueno  
que en las alas del aire se desploma.

¡Vén y mitiga con tu dulce acento  
este pesar que al corazón devora!  
Está dormido en la montaña el viento,  
y está lleno de luz mi pensamiento  
como el espacio al despuntar la aurora.

¡Vén y amemos a Dios cuya pupila  
todo el fulgor del universo absorbe;  
cuyo poder los astros aniquila,  
y a cuya planta se suspende el orbe,  
punto de luz que a su mandato oscila!

Amémonos. La noche encantadora  
ostenta su lujoso panorama;  
el cielo brilla, el céfiro enamora...  
brinda la flor su esencia encantadora,  
el ave duerme y el torrente brama,

## ABSTRACCION

A veces melancólico me hundo  
en mis noches de sombras y miserias  
y caigo en un silencio tan profundo  
que escucho hasta el latir de mis arterias.

Más aún: siento el paso de la vida  
por la sorda caverna de mi cráneo,  
como un rumor de río subterráneo,  
como un eco de lava sin salida.



Y al conocer mi negra desventura,  
—“¡Hombre, exclamó con dolorido acento,  
soy grande!... pero más es tu tormento!  
¡soy hondo!... pero más es tu amargura!”

Y en el propio momento,  
en que bajaba la tiniebla oscura,  
y yo como un espectro me alejaba,  
a merced de una ráfaga de viento,  
me pareció que el monstruo sollozaba!

## LA ARAÑA

Entre las hojas de laurel, marchitas,  
de la corona vieja,  
que en lo alto de mi lecho suspendida,  
un triunfo, no alcanzado, me recuerda,  
una araña ha formado  
su lóbrega vivienda,  
con hilos tembladores  
más blancos que la seda,  
donde aguarda a las moscas  
haciendo centinela,  
a las moscas incautas  
que allí prisión encuentran,  
y que la araña chupa  
con ansiedad suprema.

He querido matarla:  
mas... ¡imposible! Al verla  
con sus patas peludas  
y su cabeza negra,  
la compasión invade  
mi corazón, y aquella  
criatura vil, entonces,  
como si comprendiera  
mi pensamiento, avanza  
sin temor, se me acerca  
como queriendo darme  
las gracias, y se aleja  
después, a su escondite,  
desde el cual me contempla.

Bien sabe que la odio  
por lo horrible y perversa;  
y que me alegraría

si la encontrase muerta;  
mas ya de mí no huye,  
ni ante mis ojos tiembla;  
un leal enemigo  
quizás me juzga, y piensa  
al ver que la ventaja  
es mía, por la fuerza,  
que no extinguiré nunca  
su mísera existencia.

¡En los días amargos  
en que gimo, y las quejas  
de mis labios se escapan  
en forma de blasfemias,  
alzo los tristes ojos  
a mi corona vieja,  
y encuentro allí la araña,  
la misma araña fea  
con sus patas peludas  
y su cabeza negra,  
como oyendo las frases  
que en mi boca aletean!

En las noches sombrías,  
cuando todas mis penas  
como negros vampiros,  
sobre mi lecho vuelan,  
cuando el insomnio pinta  
las moradas ojeras,  
y las rojizas manchas  
en mi faz macilenta,  
me parece que baja  
la araña de su celda  
y camina... y camina...  
y camina sin tregua  
por mi semblante mustio  
hasta que el alba llega.

¿Es compasiva? ¿Es mala?  
¿Indiferente? Vela  
mi sueño, y, cuando escribo,  
silenciosa me observa.  
¿Me compadece acaso?  
¿De mi dolor se alegra?  
Dime quién eres ¡monstruo!  
¿En tu cuerpo se alberga  
un espíritu? Dime:  
¿es el alma de aquella  
mujer que me persigue

todavía, aunque muerta?  
¿La que mató mi dicha  
y me inundó en tristezas?

Díme: ¿acaso dejaste  
la vibradora selva,  
donde enredar solías  
tus plateadas hebras,  
en las oscuras ramas  
de las frondosas ceibas,  
por venir a mi alcoba,  
en el misterio envuelta  
como una envidia muda,  
como una viva mueca?  
¡Te hablo y tú nada dices,  
te hablo y no me contestas!  
¡Apártate, monstruo, huye  
otra vez a tu celda!

¡Quizás mañana mismo,  
cuando en mi lecho muera,  
cuando la ardiente sangre  
se cuaje entre mis venas  
y mis ojos se enturbien,  
tú, alimaña siniestra,  
bajarás silenciosa  
y en mi oscura melena  
formarás otro asilo,  
formarás otra tela,  
sólo por perseguirme  
hasta en la misma huesa!

¡Qué importa!... nos odiamos;  
pero escucha: no temas,  
no temas por tu vida,  
¡es tuya toda, entera!  
Jamás romperé el hilo  
de tu muda existencia;  
sigue viviendo, sigue,  
pero... oculta en tu cueva.  
¡No salgas! ¡No me mires!  
¡No escuches más mis quejas,  
ni me muestres tus patas  
ni tu cabeza negra;...

¡Sigue viviendo, sigue,  
inmunda compañera,  
entre las hojas de laurel, marchitas,  
de la corona vieja,  
que en lo alto de mi lecho suspendida,  
un triunfo, no alcanzado, me recuerda!

## A VICTOR HUGO

Preguntaba una noche entristecido:

—¿En dónde están, en dónde, ¡oh genio santo!  
los grandes pensamientos que murieron  
sin nacer en el fondo de tu cráneo?

Y la noche me dijo:

—¡Míralos! Aquí están en mi regazo.

Alcé los ojos y miré... ¡Dios mío!  
¡Cómo hervían los astros!

